

DOCE CAMPANADAS

**Celia Gómez, Rafael Carriegas,
Leire Acha e Iván Llorente**

Proyecto «Último Deseo»:
una vida con sentido hasta el final

Doce campanadas

Proyecto «Último Deseo»:
una vida con sentido hasta el final

**Celia Gómez, Rafael Carriegas,
Leire Acha e Iván Llorente**



Primera edición en esta colección: junio de 2021

© Celia Gómez, Rafael Carriegas, Leire Acha e Iván Llorente, 2021

© del prólogo, Jokin Perea González, 2021

© del preámbulo, Esther Albarrán, 2021

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2021

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-18582-34-9

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Al Patronato de la Fundación Miranda,
auténtico motor ético de la defensa del valor de la persona.
Ni joven ni vieja. La persona en toda su dimensión
y en todo momento.

A todo el equipo de esta entidad,
por hacerlo posible con su vocación
y su compromiso infinito.

Mi meta es llegar al final
satisfecho y en paz
con mis seres queridos
y con mi conciencia.

MARIO DE ANDRADE

Índice

Preámbulo de Esther Albarrán
Prólogo de Jokin Perea González
Antes de empezar

LAS NECESIDADES DE SER

Los cuartos

El inicio del camino: las necesidades humanas

La primera

La importancia de trascender a uno mismo

La segunda

El reconocimiento propio y ajeno

La tercera

La superación personal

LA IDENTIDAD

La cuarta

Construcción y destrucción de la propia identidad

La quinta

Los recuerdos esenciales

La sexta

La identidad religiosa

La séptima

Experiencias que refuerzan la identidad

EL CIERRE DE UNA VIDA

La octava

Las renunciadas

La novena

El esfuerzo de toda una vida

La décima

Las despedidas

La undécima

El profesional ante la muerte

UNA RESPONSABILIDAD COMPARTIDA

La duodécima

La solidaridad es contagiosa

Bibliografía

Preámbulo

Parece claro nuestro apego a la vida y nuestras ganas de querer hacer de esta el mejor camino posible. De ahí que se haya convertido el bienestar en un estandarte de nuestra sociedad y, lo que antes se quedaba en el reducto únicamente de lo físico, ha ido poco a poco conquistando espacios, círculos concéntricos que beben juntos de la misma fuente, y así se han sumado querencias a ese bienestar, engordándolo con diferentes facetas de cada uno de nosotros y de nuestro mundo en común: bienestar social, espiritual, psicológico, laboral...

Pero poco se habla de ese bienestar integral preludio de despedir a la vida porque a menudo sigue quedando en un tema físico, en paliar la enfermedad y tratar de que esta suponga el menor obstáculo posible. Y nos olvidamos de que también en esa antesala de lo incierto, del mundo desconocido al que hemos llamado muerte, hay aún posibilidad de vida. La de verdad, que se extiende más allá de los límites que nos imponen nuestra piel y nuestros huesos.

En la Fundación Miranda saben bien cómo es el reto de asomarse a ese balcón de incertidumbre en el que se pierden las certezas y saben hacerlo desde la mirada global desde la que solo cabe acercarse a una persona. Saben que

acompañar es el ejercicio clave y que hacerlo implica llegar a ese mundo interno que las personas guardamos, que a veces compartimos, pero que, en cualquier caso, habita en nosotros. Acompañar es saber tender un puente hacia ese mundo interno.

Doce campanadas habla de ese acompañamiento y lo hace desde la ilusión y la esperanza por ayudar a cumplir ese deseo pendiente de aquellos a quienes acompañan en el último tramo de su vida.

Las personas alimentamos anhelos a lo largo de nuestra vida y lo hacemos de forma natural, inherente a nuestra naturaleza. Necesitamos motores que nos muevan, que nos insuflen la energía que necesitamos para sentir que vivimos una vida plena o, al menos, que hacemos aquello que nos acerca a ese estado de felicidad que parece ser la meta.

A veces ese combustible tiene que ver con lo social, con nuestra faceta más rayana al calor de la especie. Así, poder conectarnos con las personas a las que queremos se convierte en ese algo nuestro primordial.

Otras veces se trata de encontrar ese sentido a la vida que se ha podido ir perdiendo, o quizá no se haya encontrado aún..., pero que aparece como un asunto necesario, pendiente. Y el sentido de la vida, de cada vida, tan particular, que ocupa un lugar tan grande en el imaginario e incluso en el peso de sus palabras, a veces consiste en sentirse valorado o mirado por los demás. Y se pierde la grandilocuencia antes incluso de haber sido pensada.

El deseo también toma forma de actividad o afición, porque supone el anhelo de poder volver a hacer aquello que nos define y por circunstancias hemos tenido que dejar de lado. Conectar con eso que nos apasiona es conectar con la esencia que duerme dentro de nosotros, en un espacio privado del que a veces no somos conscientes..., pero que

late, invariablemente, en nuestras constantes. Y nos alimenta con ello.

Cada deseo tiene una forma, un color, una intensidad..., pero lo que todos tienen en común es que tienen que ver con nuestra esencia.

Doce campanadas nos conecta con esa esencia.

Nos conecta con la emoción.

Nos conecta con la vida.

ESTHER ALBARRÁN
psicóloga y escritora

Prólogo

Hace ciento diez años un baracaldés amante de su pueblo, Antonio Miranda, poco antes de morir, tomó una decisión generosa que transformó el rostro de la anteiglesia: dedicó todos sus bienes a crear una institución que asumiera la responsabilidad de atender a sus ancianos sin recursos. Quienes asumieron tal compromiso y los que continuaron su servicio durante tantos años tuvieron siempre presente la certera intuición del fundador, buscando en todo momento lo mejor para quienes constituían el estrato más débil de los ciudadanos de nuestra sociedad.

Ciento diez años después las condiciones laborales, económicas y sociopolíticas de la colectividad baracaldesa, como de otras muchas, han evolucionado de forma inimaginable y nos plantean cuestiones en todos los ámbitos; también, y sobre todo, en el de la atención a las personas más vulnerables. La longevidad es un fenómeno sin precedentes en la historia de la humanidad: la ONU lo sitúa como el mayor cambio social de este siglo por encima de las nuevas tecnologías o incluso del cambio climático. Como un eco de tal fenómeno histórico, en la Fundación Miranda ya tomamos la decisión de dejar de lado la figura preferentemente residencial que había tenido hasta ahora, acercándonos a la realidad de una ancianidad con cada vez

más problemas físicos, médicos, psicológicos y espirituales, que son agudos y causantes de mayores dependencias.

Junto con este dato, proveniente del crecimiento exponencial de los años de vida en todos los países del mundo, hay otra razón de carácter cultural que rompe prejuicios e impulsa igualmente hacia el cambio de imaginario social para con los mayores, imaginario cargado de ideas erróneas. Se trata de la convicción de que cada persona es única, que tiene un proyecto insustituible hasta el final de sus días y, por tanto, tiene derecho inalienable a tomar sus propias decisiones. Esto implica romper muchas convenciones y poner el foco en la necesidad de aceptar que es cada persona quien debe decidir el rumbo de su vida hasta el momento final. Para quienes aseguramos, como es nuestro caso, que el eje de la tarea que realizamos con los mayores es el cuidado centrado en cada persona, la afirmación implica poner el punto de mira en el derecho de cada uno a ser respetado y valorado con sus características particulares. Aquí se encuentra el germen de una renovación radical de nuestra mirada y nuestra actuación.

Lo hemos hecho persuadidos de que el reajuste de nuestros planteamientos no es el abandono del proyecto del fundador, sino precisamente su más adecuada actualización. Nuestra convicción se apoya en la idea de tantos pensadores de hoy para quienes la fidelidad creativa a un proyecto histórico consiste en saber descubrir las características nucleares de cada momento para revivir y rehacer en ellas los valores sustanciales que quiso impulsar el iniciador de aquel proyecto. Con otras palabras, la verdadera fidelidad a la tradición implica su recreación; es la única manera de posicionarnos ante el pasado reconstruyendo su sentido último y más profundo, enlazándolo con el futuro deseado. Reivindicamos, pues,

que nuestra mirada al futuro comienza ya, gestándolo desde el presente.

El proyecto Último Deseo es una de las pruebas, no la única, de ese caminar con paso firme, del cambio de mirada del que hablamos. Sus «doce campanadas» lo manifiestan. Frente al monstruo de la soledad con el que muchos ancianos conviven, queremos ofrecer nuestro apoyo a quienes experimentan que ya no son importantes para nadie porque no suscitan ningún cariño. Pretendemos devolver a quienes nos han precedido lo que ellos han hecho por nosotros, como expresión nueva —propia de nuestra época— de la virtud de la solidaridad. Deseamos acompañar desde muy cerca a quienes viven pensando que no cuentan para nada en esta sociedad del descarte. Intentamos asociarnos al proceso inexorable de quienes presienten que están desconectando ya de la vida, para que salgan de ella serenamente y en paz. Ambicionamos sintonizar con quienes reflexionan profundamente sobre sus biografías, sacan a la luz sus recuerdos más queridos o sus anhelos más escondidos. Ansiamos ayudar a quienes hacen ya un repaso de todo lo experimentado, detectar e intervenir en lo que genera dolor, apoyar lo que fue proyecto de vida, para que todo el proceso final de la existencia culmine en la plenitud... Todo eso y más está en el trasfondo del proyecto Último Deseo. No tratamos de darles un capricho a las personas que se enfrentan a ese último deseo, sino que queremos construir una herramienta para que sean más felices, para que vivan con satisfacción, con calma y con paz la última etapa de sus vidas.

Si tratáramos de profundizar y explicitar la última afirmación, deberíamos apelar a los varios objetivos que pretendemos alcanzar. Ante todo, mantener la identidad de la persona, la que configura su imagen; reconocer y reforzar toda una historia de vida, generando experiencias

vinculadas a ella, construyendo así un instrumento para afrontar mejor su final. También reforzar la convicción de su relevancia, de su capacidad de contribuir todavía a la humanidad, a los otros, siempre basada en las propias competencias, reconociendo en lo posible la labor solidaria de su entera existencia. En algunos casos se pretende generar espacios que faciliten el contacto íntimo de calidad, en especial cuando se trata de personas con deterioro cognitivo avanzado, buscando sobre todo reforzar su capacidad de comunicación. En otros, conservar en lo posible el sentido de pertenencia, tan deteriorado en los últimos años de cada biografía. Puede que en otros el objetivo esencial sea reforzar la identidad religiosa de quienes gocen de ella, dirigidos y sostenidos como han estado durante tantos años por valores cristianos como la solidaridad, el afecto, la amistad o el amor. Podríamos añadir, según los diversos casos, los objetivos de reforzar el sentimiento de trascendencia, mantener la curiosidad innata, encontrar motivos para superarse a sí mismos, ayudar a la salud emocional, etcétera.

Para concluir, vuelvo a la reflexión inicial. Una tradición no se mantiene viva más que si cumple la condición de volver sin cesar a su fuente originaria, no para reproducirla, sino para dejarse impulsar hacia delante por su soplo creador. Antonio Miranda no quiso imponer a su fundación una tradición que la obligara a morir de inanición, por falta de respuesta a los problemas que se fueran presentando. La historia de las instituciones que perviven es la de una evolución permanente y es una inagotable lección de creatividad.

Creatividad no quiere decir facilidad: siempre hay que trabajar sobre el modelo que nos ofrece la tradición. Sus orígenes nos ofrecen un arquetipo: hoy a nosotros se nos da la libertad para reactivarlo, como siempre ha sucedido a

lo largo de los tiempos. Entonces se nos abrirá un campo enorme de posibilidades. La Fundación Miranda, ella misma, es la que constituye su propia tradición; en ese sentido, la tiene a su disposición. Esta relación de lo constituyente a lo constituido instituye el libre juego entre fidelidad y creatividad.

Obviamente, es necesario aprender a discernir ese proceso. El trabajo de discernimiento no es fácil: tenemos que estudiar, profundizar, dialogar, debatir acerca de las evoluciones profundas que se han producido y se están produciendo desde los orígenes y en las que estamos hoy inmersos. Hemos de tener la osadía y la audacia de repensar, a la luz de lo que está sucediendo, la tradición viva y sensible que nos llega desde la palabra original del fundador.

Fiel reflejo de nuestras voluntades y objetivos, en este libro de lectura sencilla, pero también con evidente carga pedagógica, pretendemos mostrar doce ejemplos reales, que son los primeros, pero no los últimos, de que cuanto aventuramos es posible; solo hace falta ponerse a ello con energía y convicción solidaria y humana.

A esta ingente pero atrayente tarea invitamos a todos los amigos de la Fundación Miranda.

JOKIN PEREA GONZÁLEZ
Presidente de la Fundación Miranda

Antes de empezar

Como escribió el rey Salomón: los vivos saben que morirán. Sin embargo, hoy en día, en nuestra sociedad individualista y capitalista, poco se habla de la muerte salvo para gráficos o estadísticas. Pero como en todos los momentos importantes de la vida, para la muerte también hay que prepararse. Y con el objetivo de prepararnos para el fin de nuestra vida, tenemos que pensar en ella, hablar de ella.

Pero ¿qué es la muerte? No en todas las sociedades ni en todos los tiempos la muerte ha significado lo mismo para el hombre. Las necesidades que tenemos como seres humanos y la forma en la que desarrollamos nuestro proyecto de vida tienen en sus cimientos nuestro concepto sobre la muerte. La investigación del historiador Philippe Ariès, desarrollada en su obra *El hombre ante la muerte*, nos muestra cómo ha evolucionado el concepto de la muerte a lo largo de los siglos y, con ello, cómo se ha enfrentado el ser humano al final de su propia vida. Conocer el marco de la referencia de las personas nos llevará, como profesionales, a ofrecer apoyos significativos y valiosos a las personas que van a morir.

La muerte domada

Ariès toma como punto de partida para su investigación la Edad Media occidental, el siglo v. En aquella época no se esperaba mucho de la vida, esta era muy corta y los fallecimientos eran numerosos. Además, estos llegaban con previo aviso, sin sorpresas. Las enfermedades iban consumiendo la vida poco a poco e incluso las heridas, de accidentes o de batallas, concedían un tiempo para que el moribundo realizase los rituales elegidos: la confesión de los pecados, el perdón de los supervivientes, la encomendación de su alma a Dios o la elección de la sepultura.

El yaciente abandonaba la vida de una manera sencilla, sin grandes aspavientos. Y no lo hacía solo. La muerte, como la vida, era un acto público. El moribundo estaba en el centro de la reunión, no se le escondía. Apareció la figura de las veladoras, esas personas que rodeaban al yaciente y no abandonaban su lecho hasta que su vida hubiera llegado a su fin. Lo que asustaba no era morir, sino morir solo. Algunas cosas no cambian, y el sufrimiento generado por la soledad no deseada en un momento tan trascendental como el fin de la vida sigue estando presente en nuestros días.

En esas sociedades tan habituadas al fallecimiento, la muerte repentina se consideraba vergonzosa, aterradora y extraña. Algo de lo que no se debía hablar. Se pensaba que las personas que morían de esa manera lo hacían sin una causa manifiesta, por un castigo de Dios. En la actualidad, sin embargo, es habitual que se valore como «una buena muerte» que alguien fallezca casi sin enterarse, de repente, mientras duerme. Una muestra más de cómo afectan nuestros esquemas culturales al concepto que desarrollamos sobre la muerte.

En la Edad Media no se tenía de la muerte una idea absolutamente negativa, no era una ruptura total con esta